La reforma de la Semana Santa de 1955

Gregory DiPippo [1]

Este artículo se basa en parte en una serie de artículos que se publicaron por primera vez hace casi once años en la página web del New Liturgical Movement, y debo expresar mi gratitud al editor fundador, el Sr. Shawn Tribe, tanto por darme la oportunidad de publicarlos como por su sabia orientación editorial.

Quienes han escrito sobre la reforma de la Semana Santa de 1955 suelen citar como su cambio más significativo el horario de las celebraciones, que a menudo se describe como una «restauración», ya que las celebraciones principales del Triduo, que durante muchos siglos se habían celebrado por la mañana, se trasladaron a la tarde o a la noche. Por ejemplo, el cardenal Avery Dulles, nacido en 1918 y convertido al catolicismo en 1940, escribió en una ocasión que, en sus primeros años como católico, «Jesús resucitó de entre los muertos un día entero antes, el sábado por la mañana», y que la reforma de 1955 restableció el

el sentido propio del Domingo de Pascua como día de la Resurrección. [2] A menudo se afirma que los ritos también se «simplificaron», y si se menciona algún detalle del cambio en el texto, casi siempre se trata de la supresión de la palabra «perfidis» de la oración por los judíos del Viernes Santo. Es comprensible que los detalles más destacados de la reforma hayan caído en gran medida en el olvido, ya que las ceremonias promulgadas por ella solo estuvieron en uso general en la Iglesia durante catorce años. Mi propósito aquí es demostrar que los cambios introducidos en 1955 fueron, de hecho, mucho más amplios y significativos.

Por supuesto, la preocupación pastoral que motivó el cambio en el calendario era real. Poseo un ejemplar de un Rituale publicado en la década de 1930 para su uso en la diócesis de Passau, en Alemania, que contiene un servicio paralitúrgico especial para la tarde del Sábado Santo. Este servicio incluye ciertas partes de la vigilia pascual, como el Evangelio y el Magnificat de las Vísperas con las que concluye la vigilia, así como la bendición; obviamente, se creó precisamente porque la mayoría de los fieles no asistía a la vigilia pascual propiamente dicha.

---

[1] Conferencia pronunciada en el XI Coloquio del CIEL en Roma, febrero de 2020.

[2] En la misma línea, Roger Greenacre y Jeremy Haselock escriben en **The Sacrament of Easter**: «Las reformas de 1951 y 1955 no solo pusieron fin a la anomalía de una celebración nocturna realizada a plena luz del día; también modificaron los horarios de las ceremonias del Jueves Santo y del Viernes Santo, acortaron y simplificaron los ritos… e introdujeron una serie de cambios que más tarde se aplicarían de forma más generalizada».

Sin embargo, cuando se crearon originalmente las ceremonias de la Semana Santa del Misal de San Pío V, se llevaban a cabo según un horario mucho más parecido al instituido en 1955. No hay, por tanto, ninguna razón por la que las ceremonias no pudieran haberse trasladado a los nuevos horarios sin más modificaciones, si la sincronización de los oficios hubiera sido la principal preocupación de la reforma. Como seguramente ya sabrás, la Comisión Pontificia *Ecclesia Dei* concedió recientemente un permiso *ad experimentum* de tres años de duración a varias iglesias para celebrar los ritos de la Semana Santa no reformados, y la mayoría de ellas celebraron, de hecho, los antiguos ritos según el nuevo horario. Por lo tanto, afirmaré sencillamente que la duración de los oficios de la Semana Santa es irrelevante para su contenido teológico.

Tampoco es mi intención entrar en todos los detalles sobre los cambios en las ceremonias, ya que los he documentado de forma muy exhaustiva en la serie antes mencionada publicada en NLM. Por lo tanto, me limitaré a señalar que cualquiera que haya oficiado ambas formas de la Semana Santa sabe que, si bien la versión de Pío XII es en algunos aspectos más breve, no es necesariamente más sencilla, sino todo lo contrario. Por citar solo un ejemplo muy básico, la «Acción litúrgica solemne de la tarde» del Viernes Santo requiere tres cambios completos de vestimentas para los ministros principales.

Las cuestiones teológicas relacionadas tanto con el texto como con las ceremonias son, de hecho, mucho más sustanciales, y son estas las que me propongo abordar principalmente hoy.

Comienzo señalando dos características importantes de la Semana Santa romana. En primer lugar, entre los ritos históricos de la cristiandad, es el único en el que los relatos de la Pasión se leen *antes* de los días en que tuvieron lugar originalmente, el Jueves Santo y el Viernes Santo. En la disposición tradicional, la Pasión de San Mateo se lee el Domingo de Ramos, la de San Marcos el Martes Santo, la de San Lucas el Miércoles de las Espías y la de San Juan el Viernes Santo. En segundo lugar, es prácticamente el único rito en el que los relatos de la Pasión de los cuatro evangelistas se leen en su totalidad, es decir, ambos capítulos de cada Pasión se consideran juntos como una única lectura. (La versión impresa de este artículo explicará los detalles de la única excepción parcial, el rito ambrosiano, y ofrecerá algunos ejemplos que comparan el rito romano con otros).

Debido a esta organización, en la que los relatos de la Última Cena y los acontecimientos de su Pasión siempre van unidos y se distribuyen a lo largo de toda la semana, debemos considerar

la Semana Santa romana como una unidad conceptual, dentro de la cual cada parte está íntimamente conectada con las demás. Y es desde esta perspectiva desde la que debemos examinar las diferentes ceremonias y cómo se modificaron en 1955.

La primera ceremonia de la Semana Santa, la bendición de las palmas, es única dentro del rito romano, ya que es el *único* ejemplo de una bendición que imita el rito de la misa. Cuenta con un introito, una colecta, una epístola, un gradual y un evangelio, seguidos de un secreto (que, sin embargo, se reza en voz alta), un diálogo del prefacio y el prefacio, el Sanctus, varias oraciones para la bendición, análogas al canon de la misa, y, a continuación, la distribución de las palmas acompañada de antífonas. Esta imitación es cercana, pero no perfecta; no hay equivalente a la antífona del Ofertorio, y el *Sanctus* es la única parte del Kyriale incluida, en referencia a las palabras finales del Evangelio: «Bendito el que viene en nombre del Señor». Los textos litúrgicos están llenos de referencias a los demás acontecimientos de la semana, como, por ejemplo, la colecta inicial, que menciona tanto la muerte del Señor como la Resurrección, y la oración que ocupa el lugar del Secreto, que hace referencia a dos de las profecías de la vigilia pascual. Este uso del rito de la misa (que, repito, es exclusivo de esta ceremonia) anticipa el Jueves Santo, la conmemoración de la Última Cena y la institución de la misa.

En la reforma de 1955, esta imitación de la misa ya no se lleva a cabo, y la nueva forma de bendición queda, en la práctica, aislada como una ceremonia completamente separada de la misa que le sigue. Las dos partes se celebran con dos colores litúrgicos diferentes, ya que el de la bendición y la procesión se cambia al rojo. La antífona de apertura se mantiene en su lugar, pero va seguida inmediatamente de la bendición, que se realiza con una única oración, la última de las cinco que anteriormente conformaban el «canon». Se reparten las palmas a los fieles y, a continuación, se canta el Evangelio. La supresión de todas las demás oraciones, de la epístola y del responsorio que antes se cantaba en lugar del gradual conlleva la eliminación de todas las referencias a los demás días de la Semana Santa.

A continuación tiene lugar la procesión. En la tradición romana, cualquier procesión que se celebre *antes* de la misa se considera un acto penitencial y, por lo tanto, se celebra con el color penitencial, el violeta. Esto se aplica a las procesiones de la Candelaria, el Domingo de Ramos y las Rogaciones, así como, antiguamente, a la procesión que se celebraba el Miércoles de Ceniza en todas partes durante la Edad Media, la cual no forma parte del Misal de San Pío V. Como se ha mencionado anteriormente, en la reforma de 1955, el color se cambia al rojo. La conexión con la Pasión se resta aún más importancia mediante la designación del himno *«Gloria laus*

et honor, como «himno a Cristo Rey», y por un permiso rubrical para cantar el «Christus vincit» u otro himno a Cristo Rey durante la procesión. Se elimina el símbolo más característico del tiempo litúrgico de la Pasión: el velado de la cruz procesional con un paño violeta. Lo más revelador es que la rúbrica final de la primera parte de la ceremonia establece que las ramas de palma benditas no deben sostenerse durante la Pasión en la misa, como era costumbre en el rito anterior.

Aunque esta nueva versión del rito es, sin duda, mucho más breve que la tradicional, también resulta más complicada. Dado que el color litúrgico de la primera parte se ha cambiado al rojo, se requiere un cambio completo de vestimentas para la misa, que sigue siendo de color violeta. La bendición no se realiza en el altar, sino en una mesa situada en medio del presbiterio, por lo que debe retirarse para la misa. Es también aquí donde se introdujo por primera vez en el rito romano el culto *«versus populum»* concebido como tal; las rúbricas prescriben explícitamente que la bendición de las palmas, así como la nueva oración insertada tras la procesión, sean recitadas por el sacerdote de cara al pueblo.

La misa del Domingo de Ramos se mantiene prácticamente sin cambios en 1955, con una excepción de gran importancia: la Pasión según San Mateo se acorta al suprimirse los primeros 35 versículos del capítulo 26 y los últimos seis versículos del capítulo 27. Los versículos suprimidos al principio relatan la conspiración de los ancianos y los sumos sacerdotes contra el Señor, la unción de sus pies en Betania, la traición de Judas, la preparación y celebración de la Última Cena, la institución de la Eucaristía, la partida hacia el Monte de los Olivos y la predicción de la negación de Pedro. Los versículos suprimidos al final relatan el establecimiento de la guardia en el sepulcro, lo cual no aparece en ninguno de los demás Evangelios.

Las misas de los tres días siguientes permanecen esencialmente sin cambios, con la misma excepción muy notable: la Pasión de San Marcos del Martes Santo se acorta al suprimir los primeros 31 versículos del capítulo 14, y la de San Lucas del Miércoles de Espías al suprimir los primeros 38 versículos del capítulo 22. Estos pasajes son paralelos a los suprimidos del comienzo de la Pasión de San Mateo y, por lo tanto, los relatos sinópticos de los episodios que en ellos se narran —que no aparecen en ningún otro momento del año litúrgico— quedan totalmente eliminados del Rito Romano. Este cambio elimina, por tanto, la costumbre de leer conjuntamente los relatos de la Última Cena y el resto de su Pasión.

La separación de la Pasión de la Institución de la Eucaristía se hace mucho más pronunciada con la reforma de las ceremonias del Jueves Santo y del Viernes Santo.

En el Misal de San Pío V, en la Misa de la Última Cena, el celebrante consagra dos hostias grandes, una para la propia Misa y la otra para el rito del día siguiente. Esta última se coloca en un cáliz, no en una píxide ni en un ciborio, y luego se cubre con un paño suave, una patena colocada boca abajo y un fino velo blanco, que a continuación se ata con una cinta alrededor del nudo del cáliz. La hostia así envuelta se deja sobre el corporal hasta el final de la misa, momento en el que se lleva al Altar del Reposo en una procesión solemne. Dado que el Viernes Santo no se administró la comunión a los fieles, no se consagraron otras hostias. El vínculo entre la primera misa, la Última Cena, y el Sacrificio de la Cruz, que tiene lugar al día siguiente, queda resaltado por el hecho de que los instrumentos del Sacrificio de la Misa —el cáliz, el paño, la patena y el velo— se utilizan ambos días. El propio Señor describe su Pasión como un «cáliz» cuando va a orar al huerto (Mateo 26, 39-42 y Lucas 22, 42).

En la versión reformada de la Misa del Jueves Santo, se omite todo el rito de guardar la segunda hostia grande en un cáliz y, de hecho, no se consagra ninguna hostia grande para el celebrante del Viernes Santo. En su lugar, se consagran dos ciborios de hostias pequeñas, uno para la comunión general del Jueves Santo y otro para la comunión general del día siguiente.

La ceremonia del Viernes Santo se conoce comúnmente como la «Misa de los Presantificados»; aunque este término no se utiliza realmente en el propio Misal, se encuentra habitualmente en los libros de la Semana Santa impresos para comodidad del clero. Aunque en ese sentido es puramente informal, sin embargo, transmite con precisión lo que el rito realmente hace y significa. En la mayor medida posible, imita el rito de la Misa, para significar que lo que conmemora —el Sacrificio de Cristo en la Cruz— ya se anticipó en la Última Cena y está íntima y esencialmente ligado a ella.

El celebrante lleva vestimentas negras, como en un réquiem. El diácono y el subdiácono, sin embargo, llevan casullas negras plisadas, las vestimentas tradicionales de los tiempos penitenciales, que no se utilizan en un réquiem; de hecho, las casullas negras plisadas solo se utilizan en este servicio. En un réquiem, las vestimentas de alegría, la dalmática y la túnica, expresan la esperanza de la Resurrección;

el Viernes Santo, esta esperanza no se anticipa en modo alguno, y el día se vive como uno de los más profundos lutos.

En la primera parte de la ceremonia, las lecturas, los tractos y la oración se realizan como se haría normalmente en otras misas. La Pasión se canta con las mismas ceremonias que en los días anteriores de la Semana Santa; la última parte no la cantan los cantores de la Pasión, sino que, siguiendo las ceremonias del Evangelio en un réquiem, la entona el diácono de la misa, sin velas ni incienso. Las oraciones solemnes se recitan según el Misal, en el lado de la Epístola, con el mismo ritual que se utiliza en los días de las Cenizas.

La adoración de la Cruz no tiene un equivalente directo en la misa y, en origen, era una ceremonia independiente. No se distribuye la comunión a los fieles, ya que la «comunión» que reciben ese día es el beso a la Cruz, para lo cual se acercan a la zona del santuario tal y como hicieron el día anterior en la Misa de la Cena del Señor. Esta práctica relativamente tardía del rito romano está en armonía con la tradición más amplia de las liturgias cristianas históricas, que no incluyen ningún ritual relacionado con la Eucaristía el Viernes Santo. La cruz se lleva desde el altar para que la adoren y vuelve al altar, del mismo modo que el Sacramento se lleva desde el altar y vuelve al altar cuando se administra la comunión en cualquier otra misa. Cabe señalar a este respecto que las rúbricas del Misal de San Pío V y diversos decretos de la Sagrada Congregación de Ritos dan por supuesto que la misma cruz, procedente del altar mayor, es besada por el clero y por todos los fieles. Del mismo modo, la S.C.R. prohibió terminantemente cualquier intento de celebrar cualquier tipo de adoración eucarística o procesión el Viernes Santo.

Para la parte final de la ceremonia, el Santísimo Sacramento se devuelve al altar principal de la iglesia, con una procesión solemne que reproduce en orden inverso todas las ceremonias del día anterior, mediante las cuales fue llevado al Altar de Reposo. Este ritual de la doble procesión subraya de la manera más clara posible la conexión entre la Cena del Señor y su Sacrificio en la Cruz.

Una vez hecho esto, el ritual que sigue reproduce paso a paso el rito del Ofertorio de la Misa y las oraciones de la comunión del celebrante tras el Canon, omitiendo todos aquellos elementos que se refieren específicamente a la celebración del sacrificio eucarístico, junto con el propio Canon. Aquí tenemos otra clara señal de la naturaleza sacrificial de la muerte de

Cristo. Las rúbricas del Misal subrayan este principio de que el rito se inspira en la Misa; todo lo que en ellas se describe hace referencia a la práctica de la celebración normal de la Misa.

Es de suma importancia señalar aquí que el ritual de los Presantificados también representa esto al incluir un rito de fracción que es, por así decirlo, incompleto, ya que la partícula se deposita en vino no consagrado. (Se trata de una característica muy antigua incluida en todos los *ordines* históricos del rito.) En una misa normal, el rito de la fracción, la reunificación del Cuerpo de Cristo con la Sangre, representa la Resurrección; el Viernes Santo, la Resurrección no se manifiesta, porque el Cuerpo se parte, pero no se reunifica con la Sangre.

La «acción litúrgica solemne de la tarde» de 1955, como se la denomina, llega a extremos en la dirección opuesta, separando la ceremonia del rito de la misa en la medida de lo posible. En ningún momento los ministros principales visten como lo harían para la misa. Además de los tres cambios completos de vestimentas, se omite en todo momento el manipulo; esto es significativo porque, tradicionalmente, el manipulo se retira para las ceremonias que están relacionadas con la misa, pero que no forman parte de ella, como la procesión del Corpus Christi. La sensación de profundo duelo que transmiten las vestimentas negras, incluidas las casullas plisadas propias de los tiempos penitenciales, se ve atenuada no solo por el uso de las vestimentas de alegría —la dalmática y la túnica—, sino también por la incomodidad que supone que los ministros se cambien constantemente de ropa.

Al comienzo de la ceremonia, el altar está completamente desnudo, sin manteles, candelabros ni cruz, mientras que en la Misa de los Presantificados se prepara como si fuera una misa, y el mantel se coloca al principio. Ninguna parte de la Misa de los Catecúmenos se recita como se haría en una misa. Por ejemplo, se añade una oración al principio, que el celebrante reza al pie del altar con las manos juntas, sin el «Dominus vobiscum» ni el «Oremus. Flectamus genua. Levate», y que termina con la breve conclusión. Nunca se reza ninguna oración de esta manera durante una misa. Las oraciones solemnes ya no se recitan como las de una misa de los Días de Ceniza, sino con un ritual totalmente nuevo que no se da en ningún otro lugar. La cruz velada se trae desde la sacristía, en lugar de desde el altar, para su adoración, junto con dos velas.

Tras la adoración, son los acólitos, y no el diácono, quienes colocan la cruz y las velas sobre el altar. Los ministros cambian de negro a violeta, como se ha mencionado anteriormente; el diácono extiende un

corporal sobre el altar, mientras que un acólito coloca el Misal en el lado del Evangelio, junto con un recipiente de purificación y un purificador.

Ya no se celebra la procesión solemne con la que se lleva el Sacramento al altar en la Misa de los Presantificados, que es la procesión del Jueves Santo a la inversa. El diácono y los acólitos se dirigen al Altar de Reposo para traer el Santísimo Sacramento de vuelta al altar mayor. El diácono lleva el Sacramento bajo un velo humeral, con dos acólitos que portan velas a ambos lados. El sacerdote y el subdiácono no participan, y no se utiliza incienso.

El diácono coloca el recipiente con el Santísimo Sacramento sobre el corporal; los acólitos colocan sus velas en el altar, que ahora tiene cuatro velas, mientras que en una misa solemne habría seis. Todas las acciones posteriores que imitan la misa —la preparación de la Hostia consagrada sobre el corporal, la preparación del cáliz, la incensación, el lavatorio de las manos y las oraciones del Ofertorio— ya no se realizan, lo que, una vez más, distingue este rito del de la misa.

La introducción «Oremus. Praeceptis salutaribus...» se recita, no se canta. El Padrenuestro también lo recitan todos los presentes en la iglesia, no solo el sacerdote como en la misa. El sacerdote mantiene las manos cerradas durante el Padrenuestro, mientras que en la misa las tiene abiertas. El «Libera nos» lo recita el sacerdote, no lo canta, pero con las manos abiertas. A continuación, reza en silencio la oración «Perceptio Corporis tui» y se comulga siguiendo los ritos habituales de la misa. A continuación, se distribuye la Sagrada Comunión a todos los que deseen recibirla, con las ceremonias habituales.

Tras la comunión, el sacerdote se purifica los dedos en el recipiente colocado en el altar para tal fin; al no haber cáliz presente, no realiza la ablución como en la misa. El Santísimo Sacramento se devuelve al sagrario del altar mayor; a continuación, el misal se coloca en el centro del altar, frente a él. El sacerdote entona tres nuevas oraciones, cada una de ellas precedida únicamente por «Oremus» (sin «Dominus vobiscum» ni «Flectamus genua — Levate»), y que concluyen con la conclusión menor («per eundem Christum Dominum nostrum»), manteniendo las manos cerradas. El diácono y el subdiácono se sitúan a ambos lados del sacerdote, en lugar de alinearse detrás de él. Los ministros principales descienden del altar, hacen una genuflexión y regresan a la sacristía. A continuación, el Santísimo Sacramento se lleva a la sacristía o a otro tabernáculo.

La separación radical entre la Última Cena y el Sacrificio de la Cruz se acentúa aún más con el acortamiento de las Pasiones sinópticas, como se ha mencionado anteriormente, lo que elimina por completo de la Semana Santa los relatos evangélicos de la Última Cena.

En lo que respecta a la vigilia pascual, la reforma de 1955 modifica principalmente la primera parte de la ceremonia, anterior a la misa.

En el Misal de San Pío V, el cirio pascual se coloca sobre una gran columna situada en el lado del Evangelio del santuario de la iglesia, para representar la columna de fuego que guió a los israelitas fuera de Egipto. Una vez bendecido el fuego fuera de la iglesia, el diácono lo introduce en el interior mediante una vara («arundo» en latín, «caña» en español) en la que hay tres velas, y con esta caña se lleva a cabo el ritual de proclamar «Lumen Christ» tres veces, momento en el que todos se arrodillan. Al llegar al santuario, el sacerdote rinde homenaje al altar; las ceremonias de preparación para el *Exsultet* se llevan a cabo en el altar, exactamente igual que para el Evangelio en una misa solemne. El propio *Exsultet* se canta desde un atril situado cerca del cirio pascual, donde normalmente se canta el Evangelio.

El *Exsultet* se interrumpe tres veces. En primer lugar, al llegar a las palabras «curvat imperia», se introducen en el cirio pascual cinco granos de incienso —también bendecidos fuera de la iglesia al comienzo—, que representan las cinco llagas de Cristo. Al mencionar la columna de fuego, se enciende el propio cirio a partir de una de las llamas de la caña. Antes de las palabras «Oh noche verdaderamente bendita», se encienden las luces de la iglesia; antes de la llegada de la iluminación eléctrica, se encendían únicamente a partir del cirio pascual.

A continuación se leen doce profecías del Antiguo Testamento; cada una de ellas (junto con los Tractos que acompañan a la cuarta, la octava y la undécima) va seguida de una oración, introducida por la fórmula «Oremus. Flectamus genua. Levate». Todo ello se realiza exactamente igual que en otras misas con lecturas adicionales, como los sábados de las Cenizas.

Si la iglesia cuenta con una pila bautismal, esta se bendice en ese momento, y todos se dirigen en procesión al baptisterio. Una vez bendecida el agua, si hay personas que van a ser bautizadas, se lleva a cabo el bautismo tal y como se indica en el Rituale, tras lo cual todos regresan a la iglesia cantando la Letanía de los Santos. Si no hay pila que bendecir, la Letanía se canta inmediatamente después de las profecías.

Al llegar a las palabras «Peccatores, te rogamus audi nos», los ministros principales y los monaguillos regresan a la sacristía y se visten con las vestiduras blancas para la Misa solemne, mientras los acólitos adornan el altar. Todos regresan al santuario y comienza la Misa.

La Misa de la Vigilia presenta algunas diferencias significativas con respecto a una Misa solemne habitual. Se omiten los propios de la Misa gregoriana, como el Introito, en señal de que la alegría de la Iglesia por la Resurrección no es completa hasta que aparezca el propio Salvador. Al no haber introito, una vez terminado el Kyrie, el sacerdote entona el «*Gloria in excelsis*» y suenan todas las campanas; se descubren las imágenes de los santos, que han permanecido veladas durante casi dos semanas. Tras la Epístola, el sacerdote canta tres veces un hermoso «Aleluya» melismático propio de este rito, elevando la voz en la segunda y tercera vez. Este es el regreso oficial del «Aleluya» a la liturgia, que el coro repite tras el sacerdote cada vez.

El Evangelio, Mateo 28, 1-7, refleja el hecho de que la Iglesia aún espera la aparición de Cristo; narra la aparición del ángel a las mujeres en el sepulcro, anunciando la Resurrección. «Y al terminar el sábado, cuando comenzaba a amanecer el primer día, vinieron María Magdalena y la otra María a ver el sepulcro». Para representar el hecho de que la Luz del Mundo aún no se ha manifestado, los acólitos no llevan velas durante el Evangelio.

No se recita el Credo, ni hay antífona de ofrenda; no se reza el *Agnus Dei* y no se da la paz, todo lo cual indica que el Señor Resucitado aún no se ha manifestado directamente para dar paz a sus discípulos. (Juan 20, 19-21) En lugar de la antífona de la Comunión, se cantan las primeras Vísperas de Pascua, de forma muy sencilla: un salmo, el más breve del Salterio, seguido directamente del Magnificat con su antífona, que son las primeras palabras del Evangelio de esta misa. Se canta la poscomunión como conclusión tanto de la misa como de las Vísperas, y el diácono canta «Ite, missa est, aleluya, aleluya»; la despedida se canta así, con dos aleluyas, durante toda la octava de Pascua.

En el rito reformado de 1955, al igual que en las demás partes de la Semana Santa que sufrieron cambios significativos, la primera parte de la ceremonia se reordena para separarla de la segunda; el centro del rito pasa a ser el cirio pascual, en lugar del altar. La columna situada del lado del Evangelio se sustituye por un pequeño soporte («parvum sustentaculum») colocado en el centro del santuario; al comienzo de la ceremonia, el cirio aún no se encuentra en él, sino fuera de la iglesia. Se bendice el fuego, pero no los granos de incienso; la oración con la que antes se bendecían se modifica para aplicarla al cirio pascual. Se introduce un nuevo rito mediante el cual el sacerdote utiliza un punzón para «grabar» diversos símbolos en el cirio —lo que antes era una costumbre común, aunque puramente informal— y, a continuación, introduce los granos de incienso.

Ya no se utiliza la caña, y el fuego se introduce en la iglesia a través del cirio pascual, que el diácono lleva cantando «Lumen Christi» como antes; las luces de la iglesia se encienden al tercer «Lumen Christi».

Al llegar al santuario, el sacerdote se dirige directamente al asiento sin hacer reverencia al altar. El diácono coloca el cirio en su soporte. Las ceremonias de preparación para el *Exsultet* se realizan en la sedilia. El atril se coloca en el lado de la Epístola, frente al cirio; el diácono inciensa tanto el libro como el cirio, rodeando este último con el incensario. Dado que el cirio ya está encendido, los cinco granos de incienso ya insertados y las luces de la iglesia ya encendidas, el *Exsultet* se canta de una sola vez.

A continuación, los lectores entonan las profecías desde un atril situado en el lado de la Epístola, girados un cuarto hacia la izquierda con respecto a la posición habitual, de modo que queden de cara a la vela. De las doce profecías del rito anterior a 1955, se suprimen ocho. Las oraciones se rezan en la sedilia, en lugar de en el altar.

La bendición de la pila bautismal tiene lugar ahora en medio de la Letanía de los Santos, que, por lo tanto, comienza inmediatamente después de las profecías. Se permite, aunque no es obligatorio, bendecir el agua no en la propia pila, sino en un recipiente colocado en el centro del santuario, es decir, cerca del cirio pascual; a continuación, el agua se lleva a la pila y se vierte en ella. La bendición del agua no ha sufrido cambios. Sin embargo, una nueva rúbrica especifica que, si la bendición del agua se realiza en el baptisterio, «los cantores y el pueblo permanecen en la iglesia y continúan el canto de las letanías, repitiéndolas… si es necesario»; mientras tanto, el clero se dirige a bendecir la pila bautismal sin ellos.

Tras la primera parte de la letanía y la bendición del agua (si se lleva a cabo), se ha insertado un rito de renovación de las promesas bautismales, que puede realizarse en lengua vernácula. Se canta el resto de la letanía y, al igual que en el rito anterior, todos regresan a la sacristía y se visten para la misa solemne, mientras los acólitos preparan el altar. El cirio pascual se traslada de su soporte a la columna («in candelabrum suum»); ya no es un elemento esencial del rito, sino un objeto puramente decorativo para sostenerlo durante la misa. Tras haber ocupado un lugar tan central en la primera parte de la ceremonia, a partir de entonces se le ignora.

La misa en sí permanece esencialmente sin cambios. Sin embargo, las Vísperas al final se sustituyen por algo totalmente nuevo, una forma de Laudes, igualmente abreviada. Se canta un único salmo

cantado con su antífona, seguido del Benedictus, cuya antífona se toma del comienzo del Evangelio del Domingo de Pascua. Estas Laudes sustituyen tanto a las Matinas como a las Laudes de Pascua, que, por lo tanto, se convierte en la única fiesta del año que carece de primeras Vísperas, de Matinas y de *Te Deum*.

Este es el momento más adecuado para mencionar el horario de las ceremonias, ya que el cambio de horario tuvo su mayor repercusión en la vigilia pascual y se introdujo por primera vez para esa ceremonia *ad experimentum* en 1951. No cabe duda de que el adelanto de las ceremonias del Triduo a la mañana estuvo motivado en parte por la disciplina tradicional que exigía ayunar desde la medianoche antes de celebrar la misa o recibir la comunión. Sin embargo, esta no es la única motivación.

Otra característica singular del Rito Romano es que considera el Jueves Santo como una fiesta solemne del Señor, más que como un día penitencial; se cantan el *Gloria* y el Credo, y las vestiduras son blancas. Las misas festivas se celebran tradicionalmente por la mañana, después de Tercia; esta costumbre está atestiguada para el Jueves Santo en el primer Ordo Romanus, de mediados del siglo VII. El mismo ordo también indica que el Papa celebraba la liturgia de los Presantificados después de Tercia, otro de los muchos paralelismos entre esta y la Misa del Jueves Santo, que sirven para mostrar la unión entre la Última Cena y la Crucifixión.

La hora propia para la celebración de la vigilia pascual es después de Nona, como en todos los días feriales de Cuaresma, tal y como atestigua, una vez más, el primer Ordo Romanus. La bendición del fuego y el encendido de las lámparas es un ritual que debe realizarse cuando el sol *se está* poniendo, no cuando ya lleva varias horas puesto. De hecho, la reforma del papa Pío XII no devolvió la vigilia pascual a su momento histórico adecuado, ya que estableció que la vigilia debía comenzar a una hora tal que la misa propiamente dicha diera inicio alrededor de la medianoche. Mientras que la antigua práctica de adelantar la vigilia a la mañana chocaba notablemente con la bendición del fuego y el texto del *Exsultet*, la nueva práctica prevé que se canten las Laudes a la una o las dos de la madrugada.

La reforma de la Semana Santa de 1955 fue la primera modificación sustancial del texto litúrgico del Misal de San Pío V, pero muchas de sus características permanecieron en uso general durante solo catorce años y fueron abandonadas cuando se promulgó la reforma posconciliar en 1969. En algunos

aspectos, el nuevo rito vuelve a la práctica del Misal de San Pío V anterior a las reformas de 1955.

Las Pasiones sinópticas se leen ahora todas el Domingo de Ramos en el ciclo leccionario trienal, y todas han vuelto al Leccionario en su forma casi completa, aunque cada una cuenta también con una versión opcional más breve. La vigilia pascual cuenta ahora con siete profecías, tres de las cuales se han reintroducido en el leccionario procedentes del Misal anterior a 1955. Junto con ellas, se han recuperado siete de las ocho oraciones que se eliminaron del Misal en 1955.

Se han suprimido muchos de los nuevos rituales de la Semana Santa de 1955. En particular, en varios casos se ha abolido la nueva forma de recitar las oraciones y las lecturas; durante la Semana Santa se recitan como las oraciones y lecturas de otras ceremonias del año litúrgico, de manera acorde con la práctica típica del rito.

También se han eliminado muchas de las complicaciones rituales introducidas en 1955. El Domingo de Ramos se celebra con un solo color, el rojo; las palmas ya no se bendicen en una mesa situada en medio del santuario. El Viernes Santo, el celebrante lleva una casulla durante toda la ceremonia, lo que restablece un importante signo del vínculo entre la misa y la muerte sacrificial de Cristo en la cruz. Todo el rito se celebra con vestimentas rojas, habiéndose eliminado los tres cambios completos de vestimentas que se habían introducido.

El Sábado Santo, el Misal de 1969 prescribe explícitamente que el Cirio Pascual se coloque en un «candelabrum magnum» cuando se introduce en la iglesia, restableciendo así uno de los símbolos más importantes del rito antiguo. Ya no es obligatorio colocarlo en el centro del santuario. Todos los ritos bautismales, incluida la bendición de la pila bautismal, se han trasladado a después del Evangelio, según la práctica típica del misal de 1969. Al final de la misa, se han suprimido las Laudes, creadas prácticamente para el final de la vigilia en 1955, y se ha restablecido la misma hora en el Breviario para la mañana del Domingo de Pascua.

No es ningún secreto que muchas comunidades que celebran la liturgia en la forma extraordinaria lo hacen según las versiones más antiguas de los libros litúrgicos romanos y, de hecho, el número de dichas comunidades va en aumento. Las celebraciones de la Semana Santa realizadas según el rito antiguo, en virtud del permiso experimental mencionado anteriormente, tuvieron una muy buena acogida entre el clero y los fieles, y es casi seguro que continuarán. Pero estas celebraciones también han dado lugar a

muchos debates del tipo: «¿A qué año quieren volver esas personas? ¿A 1954? ¿A 1910? ¿A 1625? ¿A 1570?».

Considero que esta pregunta es, en esencia, irrelevante. Una auténtica reforma litúrgica no puede tener lugar en la Iglesia sin evaluar cada aspecto de cada reforma pasada en sus propios términos y según sus propios méritos —o la falta de ellos—, independientemente del año en que se promulgara o de la autoridad que la promulgara. A medida que este proceso continúa, las formas litúrgicas más antiguas del rito romano deben desempeñar un papel en él, al igual que lo hicieron en la reforma litúrgica posconciliar.